

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO III
NUM 115

40 Cents.

1 MAYO
1927

OIGA MOZO, YA PODIA USTED HABERME
ADVERTIDO QUE ESTA SOPA ERA MUY
MALA Y NO SE PODIA COMER.

NO VALÍA LA PENA; SABÍA QUE LO
NOTARÍA USTED ENSEGUIDA.



PINOCHO



SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAÍSES AÑO 30 PESETAS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



CUENTOS DE CALLEJA

Castilla

Los Dos Osos.

DUES señor, este era un hombre que tenía un oso, un magnífico oso negro, llamado *Dick*, con el cual iba de pueblo en pueblo y de feria en feria, causando la admiración de las gentes.

Porque daba gusto ver al animalito. Danzaba, saltaba y pedía el dinero con la pandereta tan graciosamente, que no había forma de negarse a dar el socorro con tanta gracia pedido.

Era tal el cúmulo de monerías que realizaba ante el asombrado público, que éste hacía llover las monedas sobre la pandereta que el animal presentaba después de hacer sus ejercicios. El hombre estaba contentísimo y cuidaba a *Dick* como a su propia persona. Al fin y al cabo, era el sostén de la familia.

Cierto día, el pobre animal enfermó y murió, a pesar de los cuidados de su amo. Este lloró amargamente sobre el cadáver del pobre *Dick*, porque, además de estarle muy agradecido, aquella muerte representaba su ruina.

Un criado del domador se acercó a su atribulado amo y le dijo:

—No te apures. Yo he ideado un medio para que sigas ganando dinero como hasta aquí.

—¿Cómo? —preguntó entre sollozos el domador.

—Manda que desuellen al oso, que curtan su piel, y yo me la pondré de manera que no se me distinga de un oso verdadero.

Así se hizo, y el oso falsificado encantó a la gente mucho más que el legítimo.

Porque el nuevo, además de danzar y saltar como aquél, conocía la moneda, saludaba graciosamente al que echaba diez céntimos en la bandeja, se inclinaba con respeto ante el que echaba veinte y se arrodillaba ante el generoso donante cuando el regalo pasaba de esta cantidad.

Y así recorrió nuestro hombre, con su oso de mentirijillas, casi toda España, hasta que, por fin, después de visitar otros países, un día amaneció en Túnez.

El bey, que es el jefe de aquella región, era muy

aficionado a los osos. Puede juzgarse de su alegría al ver que podía apoderarse de tan precioso e inteligente animal.

Llamó al domador y le ofreció una fuerte suma por el oso. El hombre, como era natural, se resistía a vender a su criado.

Y éste, que se hallaba presente mientras el bey ofrecía el dinero, dijo en voz baja a su amo:

—¡Por Dios, no me vendas!

Pero el bey era un hombre decidido y le dijo al domador:

—O me vendes el oso o me quedo con él a la fuerza y mando que te degüellen ahora mismo.

No hubo remedio; el pobre domador se separó con lágrimas en los ojos de su criado, abandonándole a graves peligros.

Inmediatamente el monarca ordenó:

—Llévadle con el oso blanco que tengo en la jaula del patio. Quiero ver si riñen o se hacen amigos.

El oso negro se estremeció. Si el blanco se convencía de que su nuevo compañero no era oso, sino hombre, había llegado su última hora.

Por eso, al entrar en la jaula, se arrojó cuanto pudo a los hierros, esperando pasar inadvertido. ¡Empeño inútil! El oso blanco se levantó en cuanto vio al recién venido y se abalanzó sobre él.

Viéndose en el último extremo, el oso falso echó mano de toda su energía, y, haciendo grandes esfuerzos, consiguió derribar a su rival. En el momento de darle un puñetazo en la cabeza, gritó el oso blanco:

—¡Ay, Dios mío!

—¿Conque no eres oso? —preguntó en el acto, lleno de asombro, el que hacía de oso negro.

—¿Ni tú tampoco? —repuso el oso blanco, añadiendo inmediatamente:

—Sigue peleando mientras nos vean.

Y, en efecto, continuaron dándose manotadas, aunque sin hacerse daño, hasta que se cansaron y cada cual se marchó a un rincón de la jaula.





Viendo el bey que los osos ya no combatían, salió con su acompañamiento, y quedaron solos los dos osos fingidos. En cuanto éstos oyeron correr los cerrojos de la habitación, se quitaron las cabezas postizas y comenzaron a hablar con gran sosiego.

El oso negro preguntó a su compañero quién era y cómo había llegado a tan triste situación, a lo que respondió el oso blanco:

—Yo era un pobre cómico sin contrata que había ya olvidado, a fuerza de no comer, para qué sirve la boca. El día que almorzaba un cañamón se me volvían las tripas locas de gusto. Por fin, cansado de pasar hambre, acepté la proposición de cierto individuo que tenía el compromiso de vender un oso al bey de Túnez y no lo tenía.

—¿Cómo me las compondré? —se preguntaba el hombre—. ¿Habrá quien quiera hacer el oso?

—Pagándolo —dije yo—, soy capaz de hacer hasta el elefante. Además, he hecho el oso de balde tantas veces, que prefiero hacerlo esta vez cobrando.

—El hombre me dió seis pesetas por toda recompensa, y luego me embutió en este pellejo, del cual no he vuelto a salir.

—¿Y qué tal le va a usted? —interrumpió el oso negro.

—¡Hombre, le diré a usted! Verdad que es aburrido no poder salir de esta jaula para darse un paseito; pero todos los días como, y váyase lo uno por lo otro.

—Yo —dijo el oso negro— soy un pobre criado a quien su afecto por el amo ha traído a tan desdichado fin. Comencé por hacer el oso de mentirijillas, y, si Dios no lo remedia, voy a morir hecho un osazo de tomo y lomo. Lo que me choca es que, siendo el bey tan aficionado a los osos, no haya podido lograr todavía uno, y como le resulten lo mismo todos los que compre, va a hacer una buena colección de padres de familia.

De pronto oyeron pasos, y, para no ser sorprendidos,



se pusieron en el acto las cabezas postizas y fingieron reñir. Pero con la precipitación cambiaron de cabezas; así es que el oso blanco tenía puesta la del negro, y el negro la del blanco.

¡Júzguese de la sorpresa del bey, que llegó en aquel instantel

Asombrado por el

extraño fenómeno, mandó llamar al domador, y éste, cuando vió lo ocurrido, se explicó claramente el engaño.

—Tan oso es el blanco como el negro —dijo para sí.

—¡Vamos! —exclamó el bey—. Explícame esta rareza, jamás vista por nadie. ¿Cómo es posible que en el breve espacio de dos horas se haya verificado tan radical transformación?

—¡Ah, señor! —dijo, doblando la rodilla, el domador—. Sepa tu sabiduría que la causa de todo esto es muy clara y comprensible. Mi oso, no acostumbrado a la lucha, ha debido sentir tal temor, que ha encanecido de repente, como algunas veces suele acontecer a los mismos hombres en los grandes peligros.

—Lo del tuyo me lo explico —contestó el bey después de una breve pausa—; pero lo que no me explico es que encanezca el oso blanco poniéndosele negra la cabeza.

—Pero, señor, ¿no sabéis que las canas de los osos blancos son negras? Si así no fuera, no se les conocerían.

Maravillado y suspenso quedó el bey durante un buen espacio, hasta que, después de reflexionar, dijo:

—Me conformo con tu explicación; pero que degüellen a los osos, y así nos convenceremos de que cada cual tiene su cabeza.

Entonces el domador, aterrado, se echó a las plantas del bey, y los osos se quitaron las cabezas postizas demandando perdón.

El bey, compadecido de sus desventuras y conociendo que la culpa del engaño la había tenido él mismo, perdonó a los fingidos osos y además les hizo muchos regalos, mandando, acto seguido, que en los reales archivos se hiciera constar aquella peregrina aventura.

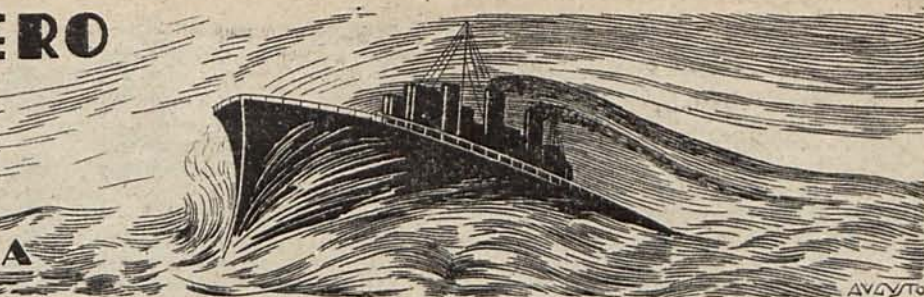
Desde entonces el bey cree a pie juntillas que no hay osos verdaderos en el mundo, y en cuanto ve uno de esos animalitos le dice al oído:

—En confianza, ¿cómo te llamas?

FIN

EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación)

Probablemente lo habría ignorado siempre si una circunstancia imprevista no hubiese venido en mi ayuda.

En efecto, un día vi a miss Polly y al anciano bajar al puerto, embarcarse en un velero llegado poco antes a Liverpool y, transcurrida una hora, volver a tierra acompañada de un marino.

Grande fué mi sorpresa al reconocer en este último a un capitán mercante que había intentado entrar al servicio de la casa Lobster y que había sido rechazado por Mr. Cyrus Lobster, inglés riguroso, por sospecha de fenianismo.

Fué un rayo de luz: Alberto Wendover era irlandés y podía ser feniano; había sido librado de las prisiones de Liverpool por amigos poderosos y secretos, sin duda fenianos; todo me inducía a sospechar que entre miss Polly, el señor anciano y aquel capitán de la marina mercante se preparaba algo que podía relacionarse con mi odiado enemigo.

Acerqueme a ellos de modo que no despertase ninguna sospecha, y escuché.

Los tres hablaban alemán; esto sirvió para que yo cambiase mis sospechas en certezas. Conozco el alemán y, aunque hablaban en voz muy baja, pude percibir algunas palabras, para mí de tanta importancia como un largo discurso.

Fueron las siguientes: *hay que tenerlo en cuenta... Flaxman... él será feliz... Isla Innombrada... pobre Al... silencio...*

Pensaréis seguramente que poco podía yo sacar en limpio de tales palabras, y es justo; probablemente no me hubieran servido de nada si no me hubiese ayudado aquel bravo capitán diciendo al despedirse:

—Estamos de acuerdo: el 12 de junio en Batavia, Hotel de Holanda; él estará allí, os lo aseguro; conozco el barco y a mis hombres.

Los tres se separaron; el velero partió aquella misma tarde con rumbo desconocido, miss Polly y el anciano desaparecieron, no volvieron a dar señales de vida; yo vine aquí animado de una rara confianza, casi por una cierta, inevitable fatalidad.

Y en efecto, les he visto desembarcar del *Malabar*, se han hecho conducir al Hotel de Holanda, y...

Un criado apareció y le interrumpió diciendo:

—Los soldados del Gobernador esperan las órdenes del señor Cónsul.

Este y el falso Fairfax pusieron pie al mismo tiempo y salieron apresuradamente del Consulado sin añadir palabra.

A la puerta esperaban doce hombres descansando sobre las armas, al mando de un suboficial.

—Al Hotel de Holanda, Tangiong Prioc —dijo el Cónsul al mismo tiempo que Mr. Fairfax hacía un signo afirmativo—; pronto.

El pelotón se puso en movimiento.

En aquel instante Black, que hasta entonces había esperado, impertérrito e insensible a las amenazas del portero, dió un salto hacia Mr. Fairfax, entregándose a las más exageradas demostraciones de alegría.

Mr. Fairfax, sorprendido por aquel inesperado asalto, ahogó un grito y rechazó con violencia al animal; mas de pronto, abriendo desmesuradamente los ojos, exclamó:

—¡Black!... ¡Black aquí esperándome!... ¡Ah! ¿Qué significa esto?... ¿Cómo es que no está con...?

Calló, temblando, y se pasó la mano por la frente, retirándola bañada de sudor frío.

—¡Dios mío, yo pierdo el juicio! ¿No se esconderá detrás de todo esto algún horrible drama?

III

EL DESQUITE

Alberto Wendover no tardó mucho en volver a tener completo dominio de sí mismo.

Levantó la cabeza, mortalmente pálido, e interrogó con la mirada al Presidente.

—Mi joven amigo —dijo con gravedad el anciano—; lo que os ha dicho miss Polly es la más pura verdad: el autor

del robo de las cien mil pesetas es el canalla Flaxman y todo hace creer que él fué también quien escondió los billetes en los cuadros de vuestro aposento.

Mop fué engañado por una fatal semejanza que Flaxman, con arte diabólico, se cuidó de hacer aún mayor tiñéndose la barba rubia de color castaño obscuro, como la de Davy.

Recordáis que, efectivamente, aquellos dos hombres tenían la misma estatura y que, a primera vista, podían ser confundidos, especialmente en situación tan emocionante como lo era la observada por Mop.

Por lo demás, Flaxman era el más interesado en nuestra ruina; desbaratábais sus proyectos amorosos, pues él también amaba a esta querida miss Polly, la cual, sin mi pronta intervención, tendría en este momento la desdicha de pertenecerle.

¡Oh, amigo mío, sabedlo bien: no existe bajo el sol un alma más perversa ni una mente más infernal.

Con lógica infame, feroz, pero rigurosa, supo efectuar tres delitos a la vez: vos juzgaréis.

Consumado el robo y enterado, no sé cómo, de que estaríais ausente durante aquella noche, se introdujo en vuestra casa disfrazado de forma que pudiera parecer el capitán Davy, a fin de que, si alguien le sorprendía, creyese que era el mismo Davy, y seguro de que de cualquier modo estaba a salvo, puso manos a la obra.

Por desgracia, las cosas sucedieron del modo que él había previsto: vos fuisteis condenado, Mr. Lobster perdió cincuenta mil pesetas y el capitán Davy fué reducido a la miseria por vuestra obra de venganza.

Vos no tenéis la culpa, mi pobre Alberto; habéis sido engañado, como todos nosotros, y vuestra mano ha castigado, por desgracia, duramente, creyendo obrar en justicia.

Sin embargo, nosotros repararemos lo más pronto posible el error cometido: el capitán Jaime Davy recobrará, por mediación nuestra la riqueza y la felicidad perdidas, os lo juro, y Flaxman...

El anciano se detuvo, miró con sobresalto a Alberto, que se había dejado caer de nuevo sobre una silla, sollozando:

—¡Dios mío, Dios mío... qué horrible suplicio!

—Mister, ¿qué os sucede? —preguntó el Presidente, mientras miss Polly, muda y temblorosa, se había arrodillado junto a su ex desposado.

—¿Qué me sucede? —rugió el joven mordiéndose las manos—. ¿Vos me preguntáis qué me sucede?... ¡Ah! No sabéis que mi mala suerte me ha puesto frente a Jaime Davy, hace ahora tres meses; que yo le he matado, en un duelo, de un tiro; que abandoné a su inocente hija en un bote, huérfana de padre y madre, muerta también ésta por culpa mía. ¡Oh! Decid: ¿habrá sobre la tierra un monstruo, una fiera que se me pueda igualar?...

Jaime Davy era inocente... Yo, yo soy un miserable y merezco un pronto castigo, yo... Ea, mirad.

Veloz como un rayo, Alberto sacó un revólver y se apuntó a la frente.

Miss Polly dió un grito y cayó desmayada; pero el viejo Presidente detuvo con rapidez la mano suicida, con vigor completamente juvenil.

—Estáis loco, mister —dijo con severidad—. Nadie es dueño de su propia existencia y, si sois culpable, Dios se encargará de castigaros.

Otros deberes reclaman vuestra existencia: sois necesario a la santa causa de la oprimida Irlanda; debéis dedicaros a reparar el mal causado, a encontrar de nuevo la hija del capitán Davy, preocuparos de que no sufra y haceros perdonar por ella... Nosotros os ayudaremos con todas nuestras fuerzas.

Alberto bajó la cabeza y dejó caer al suelo el arma que había empuñado.

—Tenéis razón —balbució—; estaba loco.

En aquel momento oyéronse pasos en el pasillo y llamaron a la puerta de entrada.

—¿Quién es? —preguntó el Presidente, alarmado.

—Yo, abrid —respondió la voz temblorosa del hostelero.

—El Presidente hizo una seña a Alberto para que ocultase su confusión y fué a abrir.

El hostelero entró, con paso indeciso, la turbación reflejada en su semblante, la mirada incierta.

El anciano iba a interrogarle cuando se percató de que le seguían dos europeos cuya fisonomía le era desconocida.

—Señores —dijo, volviéndose hacia éstos con un poco de resentimiento, bajo el cual intentaba ocultar su viva inquietud—; os advierto que no tengo el honor de conocerlos.

—Soy el Cónsul de Inglaterra —respondió entonces uno de los desconocidos, acompañando sus palabras de una ligera inclinación de cabeza.

—¿Qué deseáis?

—Algunas explicaciones.

—Dispuesto estoy a dároslas, si me es posible.

El Cónsul inglés saludó de nuevo y se dispuso a formular sus preguntas en toda regla; pero, de pronto, su incógnito acompañante avanzó algunos pasos, hasta recibir de lleno en la cara la luz de la ventana; quitóse el sombrero de anchas alas que tenía puesto, echó hacia atrás con repentino movimiento su abundantísima cabellera y, mostrando bien su cara con los ojos chispeantes y las facciones tremebundas, dijo con acento de triunfo:

—Alberto Wendover, miradme bien: ¿me conocéis?

El comandante del *Crucero sin nombre* fijó sus ojos dilatados en aquel hombre, que se le aparecía delante como un fantasma, y gritó echando un paso atrás.

—¡Jaime Davy!

Rogamos a nuestros lectores recuerden algunas circunstancias de nuestra narración en lo que se refiere a Patrick.

Recordarán cómo nuestro buen amigo, por una casualidad, había descubierto los secretos de un camarote, y escuchado un diálogo entre su capitán y Alberto Wendover, que le indujo a quitar, con peligro de perder su libertad y aun quizá su vida, las balas de las dos pistolas destinadas al duelo.

A pesar de tal estratagema, Jaime Davy había caído al fondo de la chalupa, presumiblemente herido por la descarga de su adversario; y Patrick había deducido, con pena fácil de imaginar, que las armas habían sido cargadas nuevamente y que su arrojo había resultado por completo inútil.

¿Qué fondo de verdad había en tal suposición?

Lo sabremos siguiendo el desarrollo de los sucesos acaecidos durante la lucha entre el crucero pirata y los tres acorazados ingleses.

Como puede recordarse, el primero de estos barcos había quedado inutilizado casi desde el primer momento por el fuego furioso y bien dirigido del crucero: en virtud de una gran fatalidad el proyectil, que era de los de mayor calibre, había dado en el aparato motor, parándole inmediatamente y matando a un maquinista y algunos fogoneros.

La confusión y la rabia fueron enormes a bordo de la desgraciada nave: gritos, gemidos, imprecaciones sordas y amenazas impotentes confundíanse con las órdenes terminantes y breves de los oficiales.

Sin embargo, no corriendo el acorazado peligro alguno, pues las calderas habían sido apagadas para evitar que pudiesen estallar, fuese poco a poco restableciendo el orden.

El barco puesto fuera de combate era el *Thunderbolt* y era su comandante un viejo y experto marino.

Este se resignó a su mala suerte, jurando buscar por todos los medios ocasión de tomar el desquite, y, provisto de un buen catalejo, púsose a observar las diversas fases de la persecución.

De repente llamó su atención un punto negro que se movía sobre la superficie del Océano.

Era un bote desde el que un hombre hacia señales pidiendo socorro, agitando un pañuelo blanco.

El capitán del *Thunderbolt* volvió a mirar hacia el crucero pirata que huía y disminuía rápidamente de tamaño, seguido en vano por los otros dos acorazados; movió la cabeza con visibles muestras de amargo desaliento, y, llamando a un oficial, le ordenó echar al agua una embarcación e ir a ver quién era el que hacía señas y conducirlo a bordo si era preciso.

—Tened cuidado —terminó diciendo—; podría tratarse de alguna insidia.

¡Con cierta clase de gente no se sabe...!

El oficial obedeció; preparó una de las chalupas mayores, tomó consigo algunos marineros armados de fusil, y fué allá.

Una hora después el hombre que hacía las señas estaba

a bordo del *Thunderbolt* y era conducido a presencia del viejo comandante.

—¿Quién sois? —le preguntó éste.

—El capitán Jaime Davy —respondió el otro.

—¿Inglés?

—Sí, comandante.

—¿Perteneceis a la tripulación de aquel maldito crucero?

—No.

—Cuidado con mentir.

—¡Oh, no miento!

—No os serviría de nada.

—Comandante, os juro que digo verdad.

—¿Cómo, entonces, os encontrábais en el lugar donde habéis sido recogido?

—Es una historia un poco larga.

—Referidla.

—Con mucho gusto, tanto mayor cuanto que os será de utilidad contra aquella canalla.

—Muy bien, oigámosla.

Jaime Davy refirió cuanto ya conocemos; al llegar al momento en que el marinero Patrick le había visto hacer un gesto de sorpresa, un instante antes de que Alberto Wendover hiciese fuego, prosiguió:

—Señor comandante, os he dicho la impresión que me habían producido las palabras de mi valiente Patrick, al revelarme la estratagema de que se valió para salvarme la vida a toda costa.

Estaba impasible, pero no convencido, y os aseguro que apunté a mi adversario sin temblar, con firmeza y precisión irreprochables.

Disparé: mi adversario no se movió, quedando en pie sano y salvo.

¿Había errado el tiro?

Sin duda; sin embargo, esto me chocó, tanto más cuanto que parecía que no había percibido ni el silbido del proyectil, que debía de haberle pasado muy cerca: ese silbido de muerte, mi comandante, que hace temblar involuntariamente aun a los más valientes.

Entonces mi pensamiento voló hacia Patrick, comprendí todo el valor de la resolución por él tomada y envié a mi joven marinero una mirada de gratitud.

Al hacer esto, mis ojos se fijaron momentáneamente en la parte occidental del horizonte, oculta casi por completo a la vista de mi adversario por la gran mole del crucero, descubriendo tres manchas negras, las cuales comprendí habían de ser buques de excepcional tonelaje, probablemente de guerra.

Con fulminea rapidez formóse y tomó enseguida consistencia en mi mente un atrevido plan: obrar de modo que quedase libre, no volver a caer en manos de aquel hombre cuyo odio se exteriorizaba de modo tan formidable.

Libre y dueño de mis actos podría mejor ser útil a mi hija, que quedaba en poder de aquel bribón, y a la sociedad, engañada y ofendida.

Ahora comprenderéis cuanto hice: apenas disparé mi adversario, sin herirme, claro es, me dejé caer al fondo de la chalupa y permanecí inmóvil, como muerto, pero con el oído atento y el corazón latiendo con fuerza.

Poco después oí una gritería que me advirtió que vuestros barcos habían sido vistos y que el peligro era grave e inminente.

Un terrible pensamiento me asaltó de improviso.

—En caso de combate, ¿cual sería la suerte reservada a mi hija?

Confíe en la misericordia de Dios y esperé.

Comenzó la batalla, y los primeros cañonazos estallaron cerca de mí, formidables, como si fuesen disparados contra mí.

Vi y oí todo; pero únicamente cuando estuve seguro de que el *Crucero sin nombre* estaba lejos, me levanté e hice las señales de socorro vistas por vosotros.

Señor comandante, nada os he ocultado referente a mi vida; por novelescos que os parezcan los tristes sucesos que me la han amargado, no son menos auténticos, os lo juro, y podréis, por lo menos en parte, confirmarlas a nuestra vuelta a Inglaterra.

—Os creo —respondió el comandante del *Thunderbolt*, —ese hombre es capaz de cualquier delito. Pero, decidme... ¿A qué atribuis la feroz persecución de que os hace objeto?

—Al rencor que me guarda por una violenta disputa que tuvimos en las oficinas de la casa Lobster.

—¿Cuya causa fué...?

(Continuará en el número próximo.)

DE LA COLECCIÓN
SALGARI:

El hombre de fuego. Dos tomos.
Los dramas de la esclavitud. Un tomo.
El continente misterioso. Un tomo.

CADA TOMO,
1,25 pesetas.

LOS ESCLAVOS AMARILLOS

CUENTO POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

No obstante, aquellos rudos hijos del mar, aunque cogidos de sorpresa, no mueren sin ser vengados. El cuchillo es manejado diestramente, y entre tantos chinos sublevados, los golpes no caen en vano. Un relámpago deslumbrador ilumina el castillo del barco: es el cañoncito de proa, que lanza por su boca humeante clavos y pedazos de hierro.

Pero otros chinos surgen de la bodega, persiguen rabiosamente a los temerarios, los agarran, los estrangulan y los echan al mar, mientras el *Alabama*, que sigue rodando bajo el asalto de las olas, vierte por los canalillos de la cubierta la sangre de los oprimidos mezclada con la de los opresores.

Reducidos los marineros a defenderse desde las cofas, son fusilados por los chinos, que se han apoderado de las armas de los muertos.

Algunos, al ser heridos, caen, y otros, sujetados por las cuerdas, quedan sus cadáveres balanceándose cual trofeos de la sangrienta victoria.

A precio de mucha sangre, los chinos han logrado por fin la libertad; de la temida tripulación ya no quedan más que cinco hombres, los cuales

son intimidados con las armas en la garganta a guiar la nave a un punto cualquiera de la isla de Borneo, con la promesa de dejarlos en libertad. Un marinero es llevado al timón; los demás, a fuerza de empujones, son obligados a orientar las velas, y un grupo de pescadores chinos, poco antes esclavos, ayudan a las maniobras confusamente, gesticulando, gritando y sin orden alguno. Las velas son desplegadas al fin, y el barco obedeciendo como de mala gana a aquella tripulación poco práctica y tumultuosa, se vuelve a poner en marcha, abandonando aquellas aguas teñidas de tanta sangre.

Desde el castillo de popa domina a los rebeldes la ya figura de Wang-Koa.

Pero, mientras los chinos se regocijan, un hombre, hasta poco antes señor y dueño de aquellos rebeldes, sale de un escondrijo de bajo cubierta, en donde se había acurrucado, y se arrastra penosamente hacia la Santa Bárbara, en donde se encuentra el depósito de pólvora. Es el capitán del *Alabama*, que, más

vengativo que los chinos, intenta, con un acto de desesperación que le costará la vida, hacer pagar bien cara la victoria a sus víctimas.

El miserable anda con dificultad y jadeante, y la sangre brota de una herida horrible que le llena toda la frente.

A tientas se mete en la oscuridad de un corredor y salen de sus labios entrecortadas palabras de amenaza y venganza. Avanza palpando con las manos las cosas en que se apoya, como si estuviese ciego, y por fin llega a un barril, que destapa con mucha fatiga, metiendo la mano dentro y palpando la pólvora de que está lleno.

De pronto se oye un ruido de pasos precipitados, y una antorcha encendida ilumina el estrecho recinto.

Los chinos, al no descubrir entre los muertos el cadáver del capitán, lo están buscando por todas partes.

John Taylor no duda más y descarga en el barril su pistola.

Un estruendo terrible, ensordecedor, resuena, y una llamarada surge de las profundidades de la bodega, iluminando el tempestuoso mar.

El *Alabama* ha saltado por los aires y se hunde rápidamente entre un montón de cadáveres que las olas engullen.

A la mañana siguiente, catorce chinos, de unos setecientos, vivían aún.





Aquellos desgraciados, arrojados al mar por la explosión, habían conseguido salvarse milagrosamente agarrándose a algunas planchas de la cubierta y formando con ellas una balsa, a pesar del temporal furioso.

Por una extraordinaria casualidad, Wang-Koa encontrábase entre ellos.

Aquel hombre, dotado de una extraordinaria energía, había logrado agarrarse a un remo y alejarse del vértice abierto por la nave al hundirse. Reunidos los supervivientes escapados a la explosión, había conseguido recoger algunos otros restos y llegar a construir una balsa.

Les faltaban víveres y agua, pero sabían que no estaban lejos de las islas del Sulú, que la tripulación del *Alabama* esperaba encontrar de un momento a otro en su ruta.

Wang-Koa no había perdido las esperanzas.

Anima a sus compatriotas, prometiéndoles una pronta salvación; improvisa un timón con un remo largo; alza un palo con otro remo, en el cual ata un pedazo de vela que estaba sujeta a un pedazo de arboladura que las olas arrastraban a través del mar del Sulú, y trata de dirigir la balsa hacia oriente.

¡Ayl! ¡La tierra debía estar todavía muy lejana! Pasa un día, pasan dos, pasan tres, y en el oscuro horizonte no se proyecta aún ningún escollo.

La desesperación invade a aquellos miserables. El hambre, y sobre todo la sed, desgarran atrocemente sus vísceras.

Pensaban los infelices que hubiese sido mejor para ellos morir en la tremenda explosión que sobrevivir para seguir sufriendo.

Sólo Wang-Koa no desesperaba y seguía interrogando horas y horas el horizonte.

Estaba a punto de transcurrir el cuarto día, y los más hambrientos lanzaban ya la proposición de echar suertes para ver quién debía ser comido el primero, cuando un alarido estalla a proa.

—¡Una vela! ¡Una vela!

Un punto blanco apareció en donde el mar y el cie-

lo se confundían, y aquel punto fué aumentando rápidamente. Sí, debía ser un barco.

La esperanza de ser por fin recogidos reanima a todos.

Se desnudan de los harapos que los cubren y los enarbolan en lo alto de la vela, prorrumpiendo en gritos formidables que se esparcen lejos, por el mar ya en calma.

La nave señalada se acerca. Es un gran velero de tres palos que lleva en el palo mayor el largo gallardete rojo de los barcos de guerra.

La tripulación ha descubierto ya la balsa y fuerza las velas para alcanzarla, imaginándose que los hombres que hay en ella están prontos a morir de hambre.

Dos horas después, los supervivientes del *Alabama* se encuentran en la cubierta de un barco de guerra japonés que regresaba de las islas de la Sonda con rumbo a las costas chinas, y siete días más tarde, Wang-Koa y sus compatriotas desembarcaban en Canton, su ciudad natal.

El trágico fin del *Alabama* y de los emigrantes chinos había producido un profundo efecto en los miembros del gobierno chino.

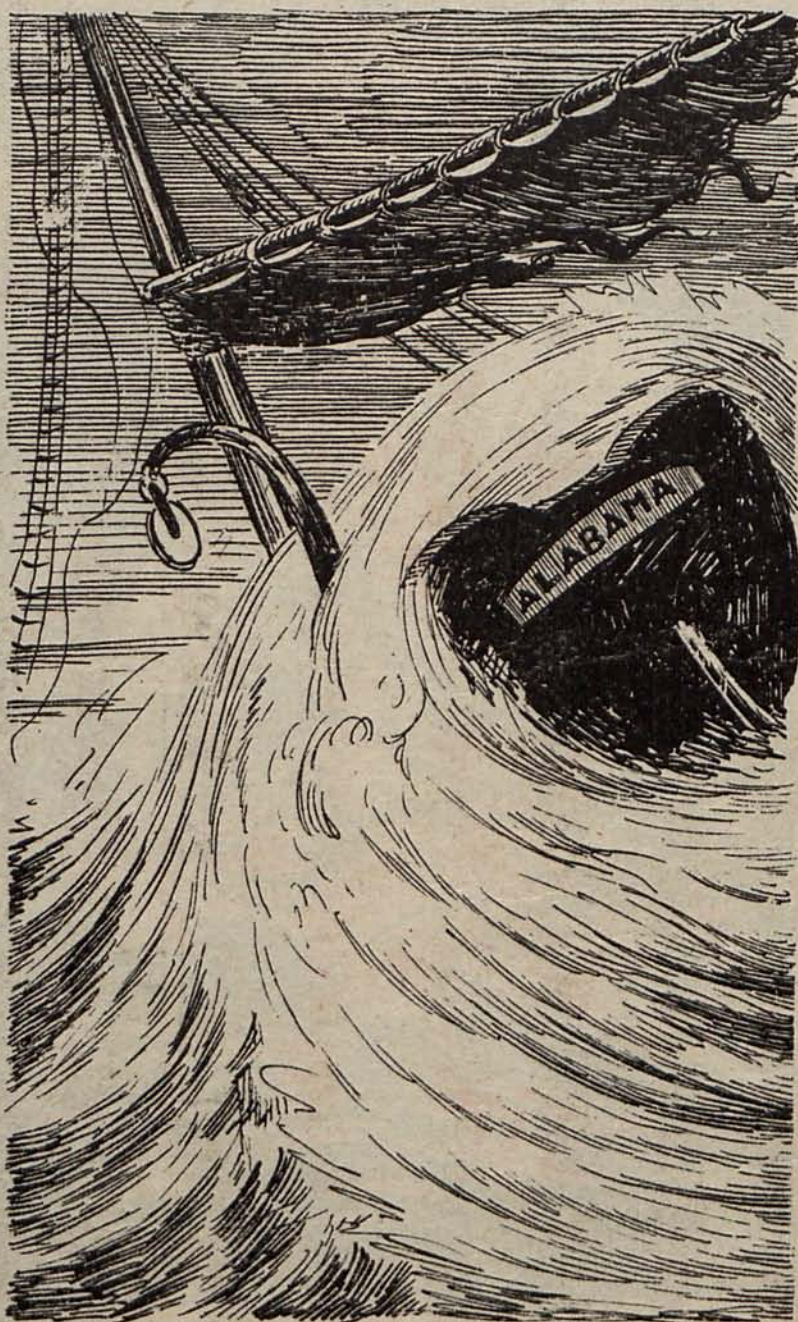
Desde aquel momento, el tráfico de carne amarilla fué severamente prohibido en todos los puertos chinos, sustrayendo de una muerte segura a millones y millones de seres humanos, y los inhumanos capitanes

fueron expulsados sin consideración, con la amenaza de secuestrar sus barcos y de poner presas a sus tripulaciones si se atrevían a volver.

De este modo tuvo fin el infame tráfico. Actualmente los chinos pueden emigrar, pero no son considerados como esclavos.

La trata de negros ha terminado, lo mismo que la de amarillos, y hay que esperar que no vuelva jamás a reanudarse, por decoro de la Humanidad.

FIN



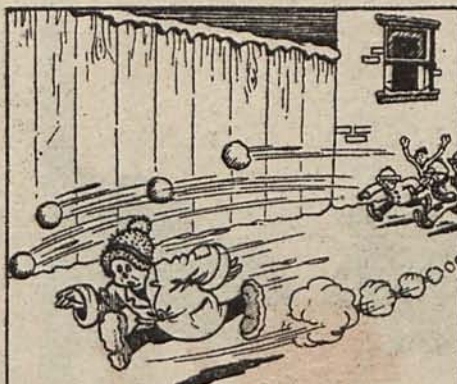
¿COMO SE ARREGLA
RAN ESOS MELLIZOS
PARA SABER ENTRE
ELLOS QUIEN ES EL
UNO Y QUIEN
ES EL OTRO?



COLORÍN Y SU PANDILLA

¡AHÍ VA
ESE CHI-
CO OTRA
VEZ!

¡VAMOS A
SEGUIRLE
PARA DAR-
LE OTRO
SUSTO!



¡DAOS PRI-
SA Y LO CO-
GEREMOS!



¡SE HAME-
TIDO EN
ESE POR-
TAL!



¡AQUÍ
VIVE!
¡VAMOS
A ESPE-
RAR A
QUE SAL-
GA!

¿PERO
TIENE
QUE SA-
LIR AL-
GUNA
VEZ?



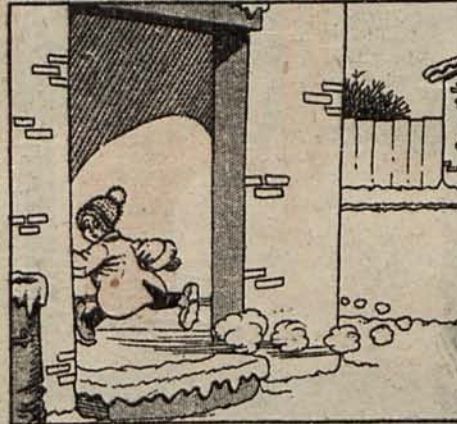
¡YO NO
CREO QUE
VAYA A ES-
TAR ENCE-
RRADO TO-
DA LA VIDA.

¡SI QUE
SERIA
UN PLAN!



¡DEMONIO,
MIRAD POR
DONDE
VIENE!

¿POR
DONDE
HABRA
SALIDO?



¿COMO ES
QUE NO LE
HEMOS VIS-
TO SALIR?

¡AQUÍ
DEBE HA-
BER AL-
GUN TRU-
CO!



¡PUES SI
QUIERE SA-
LIR AHORA
TENDRA QUE
FILTRARSE
POR LAS PA-
REDES!

¡VERÁS
COMO NOS
LA PEGA
OTRA VEZ!



¡ATIZA!

¡SON!

¡ARREA!

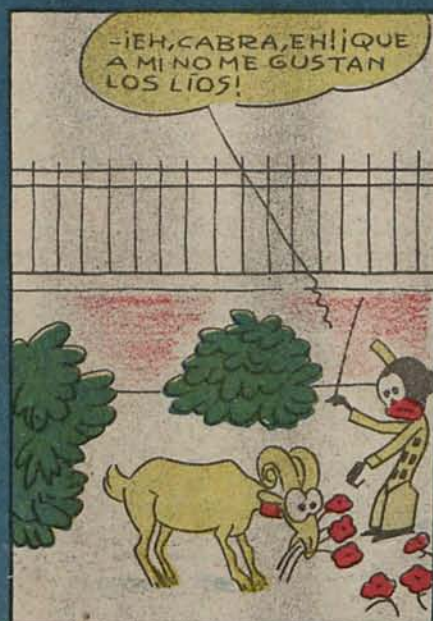
¡MELLIZOS!



La EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A., remite a todas las Repúblicas hispanoamericanas sus publicaciones a los mismos precios anunciados para España y sin recargo alguno de ninguna clase. Aun tratándose de pedidos muy pequeños es fácil remitir el importe, ya sea por cheque obtenido en cualquier Banco, ya por Giro postal en las Repúblicas que tienen establecido este servicio con España, y que son las siguientes: Argentina, Bolivia, Brasil, Costa Rica, Cuba, Chile, Honduras, Méjico, Salvador y Uruguay.



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



LAURA, LA COTORRA INDISCRETA



¿VERDAD QUE ESTUVO MUY BIEN LA ÓPERA DE ANOCHE?

¡A MÍ ME PARECE QUE HABÍA DEMASIADA GENTE!

BASURA

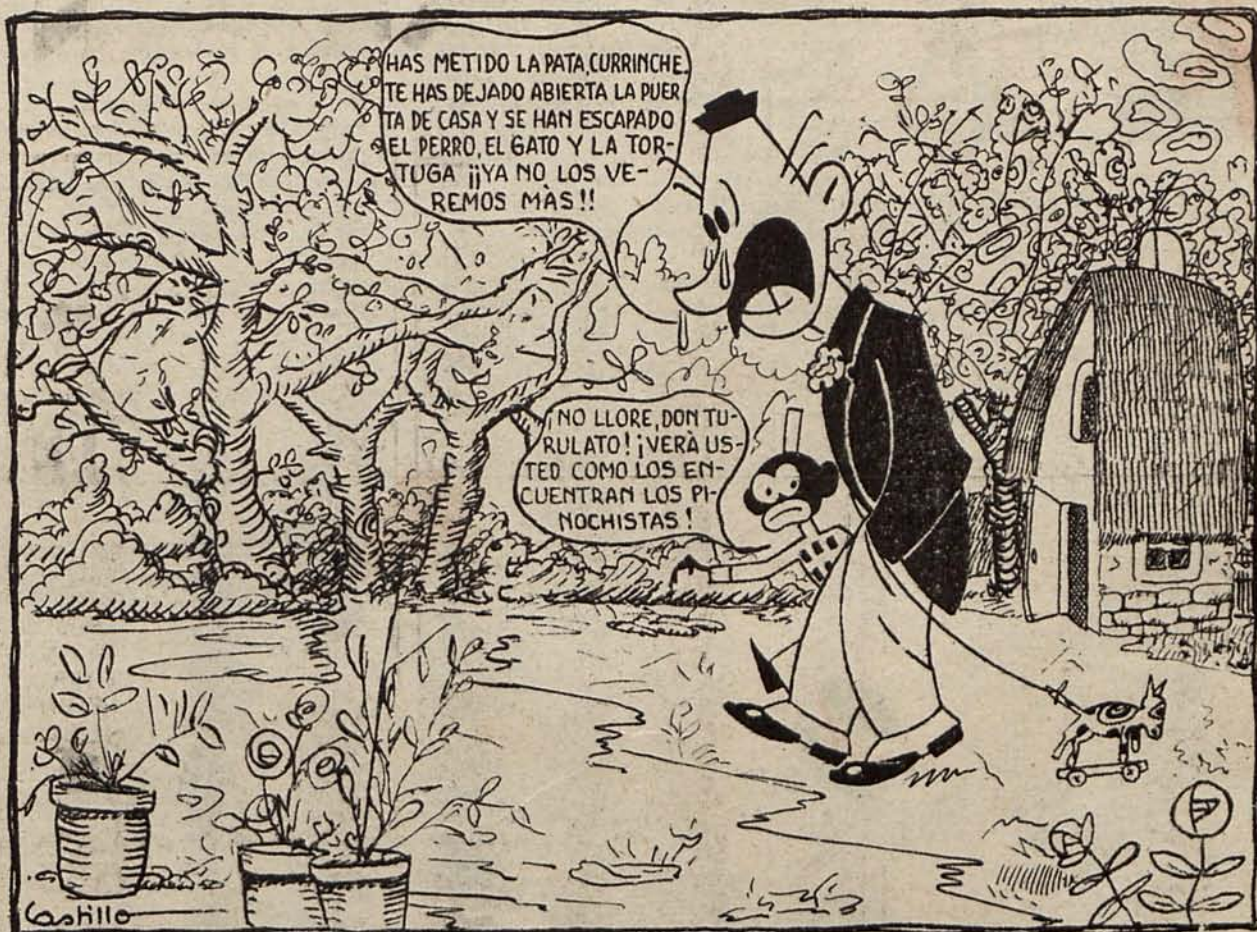


Con los retratos de Pinocho, Pirula, Peco Morronguis, don Furulato, Gurrinche y Chapete.
Es el que debe usar para escribir todo pinochista.
Cada carpeta con 6 pliegos y 6 sobres, 0,65 pts. Cinco carpetas 3 pts = De venta en las
Buenas papelerías y en Editorial "Saturnino Calleja" S.A. Calle de Valencia 28. Madrid

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MAYO

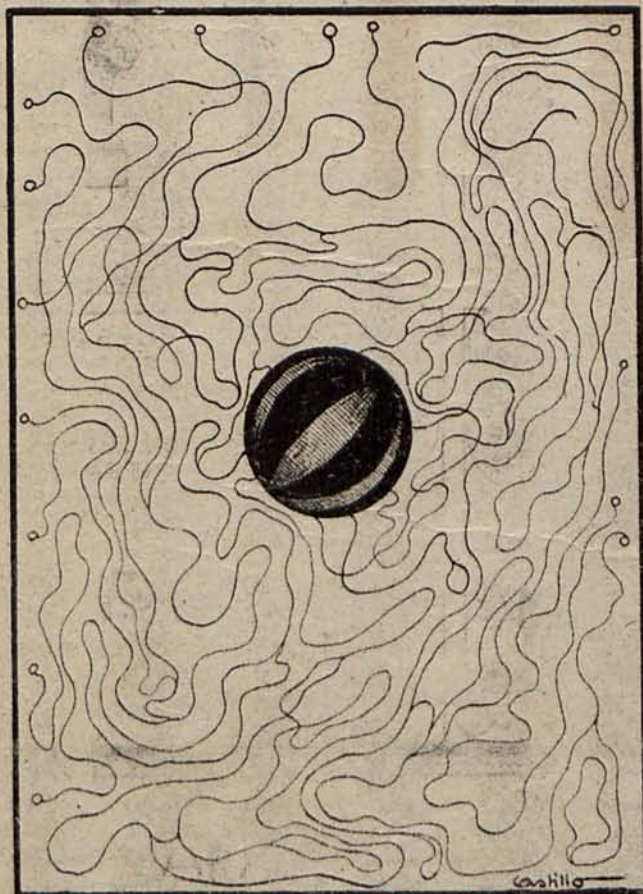
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos nuestros suscritores. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los suscritores que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

¡DON TURULATO ESTÁ DESCONSOLADO!



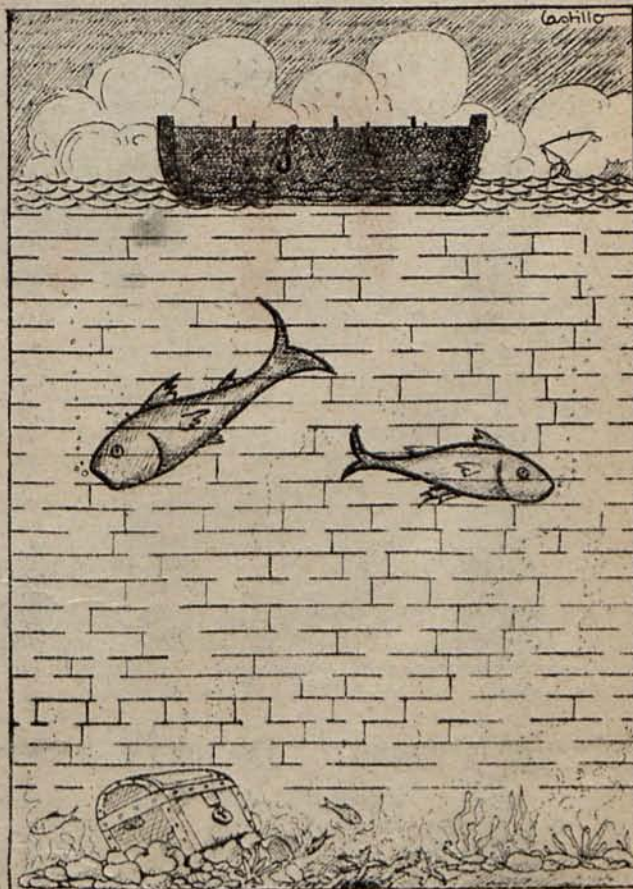
Ese pícaro Currinche se pasa la vida haciéndole trastadas a Don Turulato. Esta vez ha dejado escapar de su casa un perro, un gato y una tortuga, que eran la debilidad de Don Turu. Hay que encontrarlos, queridos pinochistas, porque si no corremos el riesgo de que este pobre hombre se nos derrita llorando amargas lágrimas.

EL BALÓN



Aquí tenéis un balón que viaja por los aires, y seguirá viajando hasta que vosotros detengáis su marcha. Para ello tenéis que acertar con el hilo que empezando con una anilla, termine en el balón. Consecuido esto, el balón es vuestro.

UN TESORO EN EL FONDO DEL MAR



He aquí el fondo del mar y una arqueta que se perdió en un naufragio. Para salvar el tesoro que hay dentro de la arqueta hay que llegar a ella desde el bote que flota en la superficie sin cruzar ninguna raya y sin tocar ningún pez.

SECCIÓN PIRULA

CUENTOS DE PIRULA



De cómo el inventor del ajedrez casó con la hija del Shah de Persia.— ¿Os gusta jugar al ajedrez? ¿No sabéis? Pues a mí me pasa lo mismo.

Aún no he conseguido que me entren en la cabeza las complicaciones de este juego, que dicen que es tan interesante; verdad es que tampoco me lo he propuesto.

A mí, para jugar, me encantan los juegos más movidos, como el escondite, la gallina ciega o *justicias y ladrones*.

Cuando estoy cansada y prefiero estarme quietecita, entonces me entrego a las delicias de la lectura o la labor.

Y si estoy en plan de trabajo y reflexión, nada me gusta tanto como pintar para vosotros figurines; idear recetas culinarias; dibujar modelos de bordado; redactar, en fin, esta Sección, que es mía y —con permiso de Pinocho sea dicho— vuestra también.

Pero no por eso dejan de parecerme admirables los juegos apacibles y de reflexión, como las damas, el asalto, las *tres en raya*, y, sobre todo, el ajedrez, con sus alfiles, caballos, torres y reyes. Me gustaría exclamar triunfalmente, como los jugadores: «¡Jaque al rey!» o «¡Matel!». Pero como no sé lo que esto significa y soy una muñeca demasiado sensata para hablar de lo que no entiendo, pues no lo digo.

Otro atractivo que tiene para mí el juego del ajedrez, a pesar de no conocer sus reglas, es la historia de su inventor. ¡Qué ingenioso era aquel Ali! ¡Qué extraña la treta de que se valió para obtener la mano de la princesa! ¡Ah! ¿De modo que no conocéis el cuento? Pues esta es para mí una ocasión de referiroslo. Veréis:

Erase, en tiempos remotos, un Shah de Persia que se aburría; tenía tantos ministros para administrar sus riquezas fabulosas y para gobernar su reino, que a él no le quedaba nada que hacer. ¿Hay nada más triste y aburrido que no tener nada que hacer?

El soberano se pasaba los días en una estancia de su magnífico palacio, tumbado entre mullidas almohadas de brocado y comiendo tartas de miel y dulces de rosas. ¡Qué empacho!

Claro está que todo el mundo se desvivía por distraerle: los más divertidos *clowns*, los más ágiles acróbatas del país iban a ejecutar ante él sus más extravagantes contorsiones, mientras que bufones y payasos le decían los últimos chistes, y unas bailarinas bellísimas bailaban danzas deliciosas.

Todo esto puede entretener unos momentos; pero lo que es a diario y durante años y años, ¡cualquiera llega a hartarse de estas diversiones!

Y el desgraciado monarca estaba más aburrido que cuatro docenas de ostras y bostezaba sin cesar.

Por fin, un día echó del palacio a bufones, payasos, *clowns* y bailarinas, y mandó pregonar por todo el país que a aquel que le trajera una distracción completamente nueva le sería entregada una arqueta llena de oro y de pedrerías.

El pregón añadía que a aquel que osase presentar a Su Majestad una distracción ya conocida se le cortaría la cabeza.

La advertencia era prudente; sin ella es probable que hubieran mareado al monarca con un sin fin de vulgaridades de esas que dicen que Noé en el arca ya las rechazaba por viejas.

Inventar algo completamente nuevo es tan difícil, tan raro, que pasaban los días y nadie se presentaba para aspirar al premio ofrecido.

Probablemente, de haber existido entones el gran sabio norteamericano Sir Tomás Edison, se hubiera apresurado a ofrecer al monarca la primicia de alguno de sus inventos maravillosos, entre los cuales ya sabéis que está el teléfono y el fonógrafo. Pero Edison, que ahora precisamente acaba de cumplir los ochenta años, no había nacido todavía en aquellos tiempos remotos.

En cambio, entonces vivía en Persia un joven extraordinariamente listo e ingenioso llamado Ali; este joven estaba enamorado de la propia hija del Shah, la princesa Azulina.

Azulina era bellísima, naturalmente; tenía unos cabellos tan negros y brillantes, que parecían de azabache; unos ojos

inmensos; una boquita de cereza, y unos pies tan chiquirrititos, que cabían los dos en la palma de una mano. Añádase a todos estos encantos el que Azulina siempre iba envuelta en gasas de plata y tan cubierta de joyas maravillosas, que su vista deslumbraba más que el sol.

Nada, pues, tenía de extraño que Ali estuviese enamorado de aquella princesita ideal y se desesperase pensando en lo imposible que era el que un pobretón como él se casase con la hija del soberano.

Y he aquí que, impulsado por su amor y por su ambición, y pensando siempre en lo mismo (es la única manera

de resolver las cosas), Ali inventó el juego del ajedrez; vió en su invento el medio de lograr sus locos deseos, y fue a presentarlo al Shah.

Sin duda pensáis que el soberano, entusiasmado, recompensó a Ali otorgándole la mano de la princesa; ¡ay!, no; las cosas no suceden con esa sencillez más que en los cuentos, y esto es una historia verdadera. Además, si el desenlace fuese tan fácil, no valdría la pena de contarlo. El Shah, eso sí, se entusiasmó con su nuevo juguete, y cuando hubo aprendido sus reglas y le hubo ganado una partida a Ali (creo que se dejó ganar, el muy vivo), entonces fue tal su alegría de ver resuelto el problema de su aburrimiento, que exclamó:

—Te concedo el premio ofrecido; tendrás una arqueta llena de oro y pedrerías.

—Pero Ali, inclinándose y tocando tres veces tierra con la frente, en signo de respeto, dijo:

—Señor, no pido tanto; prefiero otra cosa.

—Tú dirás —dijo el Shah sorprendido.

—Prefiero, señor, un determinado número de granos de trigo.

—Pero ¿estás loco, infeliz? —exclamó el monarca—. ¿No comprendes que con el dinero que te ofrezco podrías comprarte más trigo del que hayas de necesitar en toda tu vida?

—Lo sé, señor, y la generosidad de V. M. me confunde.

—Pero prefiero el trigo con tal de que se me entregue exactamente el número de granos que yo pida.

—¡No faltaba más, hombre! ¿Cuántos quieres? ¿Diez mil, veinte mil arrobas? Habla.

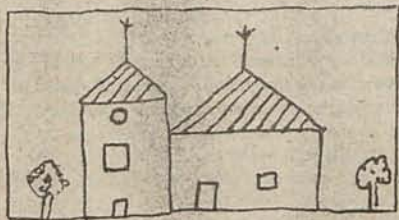
(Continuará en el número próximo.)



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MAYO

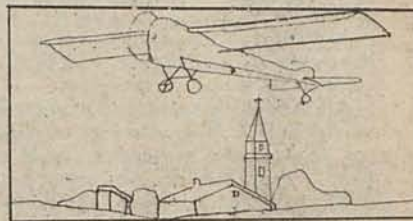
Todos los suscriptores pueden enviarnos chistes, dibujos, cuentos e historietas para publicarse en esta sección. Todos los meses se concederán premios importantes a los mejores trabajos publicados.



MI CASA.
REMIGIO RAMÍREZ.
Ocho años.

CUPÓN DE COLABORACIÓN PINOCHISTA
CORRESPONDIENTE AL NÚM. 115
Envío del suscriptor (1) Don

(1) Sólo los suscriptores pueden colaborar en esta sección.



PAISAJE.
FERNANDO BERNÁLDEZ.



TOM MIX.
J. ORDEN.



UNA CASA.
MANUEL LACASA.
Ocho años.



ANITA.
G. MONGE.
10 años.

Al noble muñeco de madera.

Con su gracioso pantalón rojo,
Con su gallarda y larga nariz,
No hay en el mundo, como Pinocho,
Otro muñeco bueno y gentil.

Por eso todos, todos exclaman,
Todos exclaman al mismo son:
«¡Viva mi bueno y bravo Pinocho!
¡Viva el muñeco más narigón!»

Todos lo llaman, todos lo buscan,
Todos los niños gritan así:
«¡Viva Pinocho, viva Pinocho,
El gran muñeco, mi Pinochin!»

¡Viva Pinocho! ¡Muera Chapete!

MERCEDITAS REY.



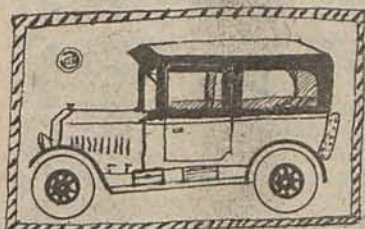
UNA PAREJA.
LUIS CÁREDO.
Siete años.



ZAMORA.
L. G. MARCO.
Diez años.



SOLDADO ÁRABE.
LUIS GUERRERO.
Diez años.



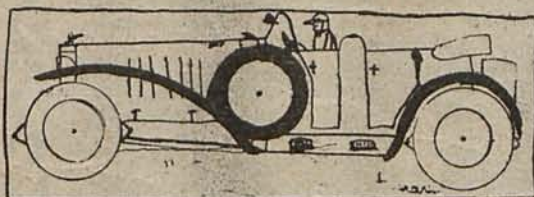
UN FIAT COMO EL QUE ME COMPRARÉ CUANDO SEA MAYOR.
J. O.



EL VENCEDOR.
ANTERO MELA.



PIRULA.
PILUCA GRACIÁN.
Nueve años.



PINOCHO Y SU AUTOMÓVIL.
VICTOR JOSÉ GIL.
Doce años.

Los tres príncipes.

Hace mucho tiempo, en el lejano Oriente, vivía un rey que tenía una hija, y ésta llamaba la atención por su belleza. Llegó la hora del casamiento, y tres príncipes vinieron a casarse con ella; los tres eran ricos y le traían regalos para ver si la conquistaban; pero a ninguno quiso, pues veía que eran muy avaros. Llegó un criado a palacio, y a la princesa le gustó mucho por su arrogancia y por su lealtad. Este era otro príncipe que quería ver si la princesa le quería por amor. Vino el día de escoger al novio, y los tres príncipes se presentaron en el palacio. La princesa tenía una doncella annamita, que le dijo que Dios le daba por novio el príncipe que matase al dragón de siete cabezas que habitaba en el pico del monte Ragstach. Los tres príncipes fueron al monte y creían que iban a salir victoriosos, mas a la primera acometida del dragón salieron los tres disparados de la guarida. Después nadie se atrevió a ir allí, a no ser el nuevo criado del rey. Antes de salir para el monte, todos se burlaban de él; pero él no hacía caso; llegó por fin al monte y empezó la lucha. Después de matar al dragón le cortó la lengua y se la presentó a la princesa; mas ella no le hizo caso, porque era un simple criado de palacio. El no se desanimó y siguió allí. Después de unos días, la princesa empezó a mirarlo, hasta que se enamoró de él; pero él no dijo quién era hasta que vio que el amor de la princesa era verdadero. Los príncipes, al ver que la princesa quería a un criado, se lo dijeron al rey; pero éste sabía quién era el criado y no les hizo caso. Al fin el criado se descubrió; se casaron, vivieron felices, y los tres príncipes murieron de rabia.

ELISA RICO RICO.
Nueve años. Oviedo.

Entre amigos.

—Oye, José, ¿a que no sabes por qué decimos auto en vez de automóvil?
—Pues por abreviar.
—No, hombre, no; por ahorrarnos los diez céntimos del móvil.

JOSÉ MONTANER
Trece años. Cuenca.

¿En qué se parece un asno a un albar-donero?

En que los dos llevan albardas.

ANTONIO PÉREZ JUAN.
Diez años. Cazorla (Jaén).

Parecidos.

¿En qué se parecen las piernas de Fati a los palos de la luz eléctrica?
En que no son del-gas.

¿En qué se parece un gigante a un chico que pega mucho?
En que los dos tienen manos largas.

ALVARO GARCÍA DE PRUNEDA.
Ocho años. Guadalajara.

Chiste.

Un señor entra en una charcutería y dice al dependiente:
—¿Tiene usted chorizos de la tierra?
—No, señor; todos los que tengo son de cerdo.

PEPITA ELICEGUI.

Chistes.

¿En qué se parece un tiñoso a una cerilla?
En que se rasca la cabeza.

¿En qué se parece un cobrador del tranvía, cuando está de servicio, a un guardia de seguridad?
En que el cobrador lleva lápiz negro, y el guardia la piz-tola.

¿A qué animal se parece un titiritero en el trapecio, con la cabeza hacia abajo?
Al es... cara... bajo.

JUAN HIDALGO.
Doce años.



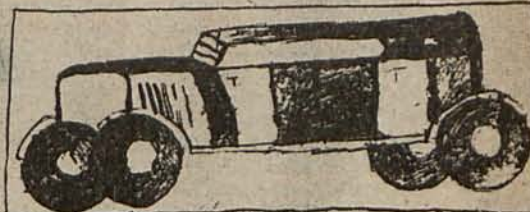
EN EL CAMPO CHARRO.
R. GASCÓN.



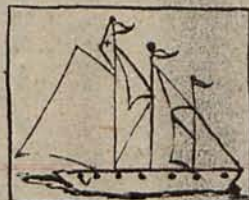
UNA CASA DE NUEVA YORK.
LUZ YUSTA.



ROSA DE MAYO.
M.ª C. RODERO.
Once años.



UN AUTO.
JOSÉ CASTEJÓN.
Doce años.



EL «CHACAL».
JOAQUÍN CASTEJÓN.
Doce años.



CURRINCHO.
F. CHÁVARRI.



UN FRUTERO MODERNO.
LILI YANGUAS.
Once años.



UN ELEFANTE.
MIGUEL ALMIÑANA.



—¿Por qué bebes tanto vino?
—Es que soy vegetariano.
CARLOS FRÍAS.



MI PERRO TON.
C. DEL CAMPO.
Diez años.



PIRULA.
EUGENIA PEREYRA.
Seis años.



UN CIERVO.
JOSÉ MARTÍNEZ.
Diez años.



ALÁ ADDÍN ABUSAMAT

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación)

apoderóse de Jazmín, la mujer del desgraciado Alá Addín, y se la entregó a su madre para que se la llevara sin tardanza a la mujer del emir Jálid, la cual la dedicó a las más humillantes tareas de la cocina.

Alá Addín, en tanto, había sido conducido a la presencia del Sultán. Preguntó éste en dónde habían encontrado los objetos que le llevaban, y al responderle que en la morada de Alá Addín Abusamat, palideció de rabia; examinó las alhajas y notó la falta de la lámpara.

—¡Oh Alá Addín! —preguntó enfurecido—. ¿Dónde está la lámpara?

—Señor —contestó aquel con tranquilidad—; yo no he robado nada, ni sé lo que me preguntas, ni he visto nada, ni puedo sospechar a qué te refieres.

—¡Ah, traidor! —exclamó el Sultán—. ¿Por qué te he acercado yo a mi persona y tú te alejas de ella, y por qué yo he confiado en ti y tú me traicionas?

Y mandó ahorcarlo. El gobernador bajó con el preso, y los pregoneros iban gritando delante: «Esta es la recompensa, esta es la menor recompensa de quien traiciona a los Califas piadosos». Y el populacho se reunió ante el patíbulo.

Mientras tanto, Ahmed Addanaf, padre putativo de Alá Addín, estaba tranquilamente sentado con su séquito en un jardín, lleno de alegría y de satisfacción; pero de pronto se acercó a él, corriendo, un aguador del Consejo, y, besando sus manos, le dijo:

—¡Oh capitán Ahmed Addanaf! Tú sentado tranquilamente y el agua corriendo por debajo de tus pies: ¿no sabes lo que pasa?

—¿Qué hay? —le preguntó Ahmed Addanaf alarmado.

—Que tu hijo adoptivo, Alá Addín, va camino de la horca.

—Y a ti, Hasán Sumán —preguntó Addanaf—. ¿Qué estratagema se te ocurre?

—Alá Addín es inocente —contestó—; lo que sucede debe ser obra de algún enemigo.

—¿Pero tú qué piensas que hagamos?

—Se librará, si el Señor quiere.

Sin pérdida de tiempo, Hasán Sumán se dirigió a la prisión y pidió al carcelero que le entregara un reo condenado a la última pena; entregó uno que se parecía extraordinariamente a Alá Addín. Tapóle Addanaf la cara y, colocándolo entre él y Ali Zibac, el del Cairo, se lo llevaron, hasta alcanzar a Alá Addín al pie del patíbulo. Acercóse Addanaf tanto que pisó el pie del verdugo, el cual le empujó, diciéndole:

—Déjame anchura para que pueda desempeñar mi cometido.

—Bribón —le dijo al oído—; ahorca a este hombre en lugar de Alá Addín, que ha sido injustamente calumniado; nosotros debemos rescatar a Ismael con un carnero (1).

Y el verdugo cogió a este hombre y lo ahorcó en puesto de Alá Addín. Addanaf y Ali Zibac se escabulleron de entre la gente con el reo libertado y se marcharon a toda prisa a casa del primero. Apenas hubieron entrado, Alá Addín exclamó:

—¡Dios recompense tu bondad, señor mío!

—¡Oh Alá Addín! —preguntó Addanaf—. ¿Qué has hecho? Dios perdona al que dijo: «No traiciones a quien ha depositado en ti su confianza, aunque tú seas un traidor». El Califa te puso en su corte, te dio su confianza y su seguridad; ¿por qué has hecho con él esta villanía y le has robado sus alhajas?

—¡Por el nombre del Altísimo, oh señor mío —exclamó Alá Addín—; juro que yo no lo he hecho, ni tengo culpa alguna en tal delito, ni sé quién lo ha cometido.

—Ciertamente —replicó Addanaf—, que esta acción sólo la ha podido realizarla un enemigo declarado, y el que hace una cosa tiene su recompensa. Sin embargo, Alá Addín, tú no debes de quedarte en Bagdad; porque los reyes no olvidan a sus enemigos y desgraciado de aquel a quien ellos persiguen.

—¿Dónde iré? —preguntó Alá Addín.

—Yo mismo —contestó Addanaf— te llevaré a Alejandría: lugar de bendición, alrededores pintorescos, de vida fácil...

Aceptó Alá Addín, y Addanaf encargó a su compañero Hasán Sumán:

—Ten cuidado; y si el Califa pregunta por mí, dile que he salido a dar una vuelta por los lugares.

Seguidamente Alá Addín y Addanaf salieron de la población. Al llegar a unas viñas y huertos, a cierta distancia, se encontraron a dos judíos recaudadores de las rentas reales, montados en dos soberbias mulas.

—Dadme el derecho de guarda —les dijo Addanaf.

—Porqué te hemos de dar este derecho? —preguntó un judío.

—Yo soy el guarda de este valle —le respondió.

Y cada judío le dio cien dinares; después de lo cual Ahmed los mató; montaron los fugitivos en las mulas y siguieron su viaje hasta la ciudad de Avas. Se aposentaron en un jan, donde pasaron la noche; a la mañana Alá Addín vendió su mula y entregó la de Ahmed Addanaf al cuidado del portero del jan. Se embarcaron en un navío que desde el puerto de Avas los condujo a la ciudad de Alejandría. Bajaron a tierra y dieron una vuelta por el zoco. Un delal (pregonero) vendía en pública subasta una tienda, con habitación, por novecientos cincuenta dinares. Alá Addín se quedó con ella, pagando la suma al dueño, que era el tesorero público. Le entregaron las llaves al comprador, abrió la tienda y penetró en el piso, encontrándolo amueblado, con colchones y cojines. Vió un almacén en el cual había velas de buque, cuerdas, baules, sacos de piel pintados, conchas marinas, hachas, mazas, espadas, etcétera, pues el dueño anterior era un trapero o tendero de viejo. Alá Addín tomó posesión de la tienda y de la casa, y Addanaf le dijo:

—¡Oh hijo mío! La tienda, la casa y cuanto hay en ellas te pertenece; dedícate a traficar, sin disgusto alguno, pues Dios bendice al comercio.

Y después de pasar tres días a su lado, se despidió de él con estas palabras:

—Sigue en este lugar hasta que yo venga y te traiga la noticia del perdón del Califa, y vea quién te ha jugado esta traición.

A continuación se embarcó hasta Avas, donde recogió su mula en el jan, y prosiguió su viaje a Bagdad. Se avistó en seguida con Hasán Sumán y supo que el Califa no había preguntado siquiera por el ausente. Addanaf siguió al servicio del Sultán, procurando enterarse de las nuevas que pudieran ser útiles a Alá Addín.

Cierta día vió que Harún Arraxid se dirigía al visir Cháfar, preguntándole:

—¿Has visto, visir, la acción villana que conmigo ha cometido Alá Addín?

—¡Oh Principe de los creyentes! —contestó Cháfar—. ¿No lo has castigado tú con la horca, bien merecidamente?

—¡Oh visir! Quiero ir a verlo ahorcado —dijo con decisión el Sultán.

Aprobó Cháfar la determinación del Califa y lo acompañó hasta el lugar del patíbulo. Miró Harún el cadáver y vió que no era el de Alá Addín Abusamat, el confidente, el fiel amigo.

—Este no es Alá Addín —exclamó en seguida.

—¿En qué lo has conocido? —preguntó el visir intrigado.

—En que Alá Addín era bajo y este es alto.

—Eso consiste en que los ahorcados se estiran.

—Alá Addín era blanco y este tiene el rostro negro.

—¿No sabes, señor, que la muerte ennegrece?

Y el Sultán, para salir de dudas, mandó que lo descolgaran del patíbulo y, apenas lo bajaron, observó que el cadáver tenía escritos en los calcañares los nombres de los dos jeques Abubequer y Omar (1), y exclamó:

—Alá Addín era ortodoxo, y este hombre era hereje.

—¡Alabado sea Dios —dijo el visir— que conoce las cosas ocultas! Nosotros no sabemos si este cadáver es de Alá Addín o de otro cualquiera.

El Sultán mandó enterrar el cuerpo del ahorcado; luego, hasta la memoria de Alá Addín se perdió.

...

Su esposa Jazmín siguió ocupada en las humillantes tareas de la cocina. Dios quiso concederle la dicha de tener

(Continuará en el número próximo.)

(1) Los musulmanes creen que Ismael, no Isaac, fué ofrecido por Abraham en sacrificio y redimido por un carnero.

(1) Los dos primeros califas, cuyos nombres eran escritos por los partidarios de la secta religiosa xii, en las suelas de sus zapatos en señal de desprecio.



QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Buenos días, mi querido buho. Aquí me tienes dispuesto a aceptar tu generosa invitación de que me quedase a comer un día contigo. Hoy es el día elegido. Hoy me quedo a comer en tu mesa.

—Me parece muy bien, amigo Chonón.

—¿Sabes por qué he elegido el día de hoy?

—Tú dirás.

—Porque subiendo por la escalera me ha dado en la nariz un olorillo a guisado de conejo que me ha abierto de par en par las puertas del apetito.

—Pues no es conejo, Chononcito. Es liebre.

—Mejor me lo pones. A juzgar por el olor, no cabe duda que el sabor debe de ser exquisito.

—Ya lo veremos. A lo mejor no te gusta.

—¡Quia! Por el olfato conozco yo muy bien lo que me va a gustar y lo que me va a desagradar. Te aseguro que esa liebre va a estar para chuparse los dedos.

—¡Chonón!

—Es un decir, hombre. Ya puedes comprender que yo no voy a tener esa fea costumbre de chuparme los dedos.

—Pues dentro de media hora estará el guisado a punto de sacarlo a la mesa. Entretanto, ¿de qué quieres que hablemos?

—Ningún tema me parece más a propósito en este momento que el del olfato y el gusto. Quiero que me hables de estos dos sentidos y luego haremos una demostración práctica de tu conferencia con el olor y el sabor de ese guiso que tienes en la cocina.

—Me parece muy bien el tema. Hablemos, pues, del gusto y del olfato. De los cinco sentidos que tiene el hombre, hay dos, que son la vista y el oído, que funcionan por virtud de ondas del éter. Esto permite ver y oír a distancia.

—Recuerdo perfectamente cuanto me has dicho no hace mucho sobre las vibraciones de la luz y del sonido.

—Los otros tres sentidos, el gusto, el olfato y el tacto, funcionan por impresión directa de las cosas que saboreamos, olemos o tocamos. Es decir, que es preciso que lo que se gusta, huele o toca, esté en contacto con los órganos del cuerpo humano que tienen estas facultades. Al gusto y al olfato se les llama también sentidos químicos. Estos dos sentidos radican en el paladar y en parte de la nariz. Son dos sentidos íntimamente ligados entre sí.

—¿No olemos con toda la nariz?

—Desde luego, no; la sensibilidad olfatoria está en la parte alta de la nariz, allí donde este órgano se junta con el paladar. En la parte carnosa que reviste el hueso que separa las dos fosas nasales hay multitud de pequeñísimas fibras que son como raicillas, de donde nacen unos nervios llamados olfatorios que van a parar a la base del cerebro. Estas fibras recogen la sensación del olor que entra por la nariz o por el paladar y la transmiten a los nervios olfatorios, quienes a su vez arrastran la sensación hasta el cerebro, donde se transforma en la impresión real de los olores.

—¿Y cómo es que muchas veces descubrimos el sabor de las cosas por su olor especial?

—Es que son dos sentidos tan íntimamente relacionados, que se complementan el uno con el otro. Para que podamos percibir perfectamente el sabor de las cosas, es preciso que el sentido del olfato tenga toda su aptitud sensitiva bien dispuesta. Por esta razón, cuando estamos constipados no nos saben las cosas tan bien como cuando no lo estamos. Ello es debido a que estando obstruidas las mucosas no podemos oler bien y el sentido del gusto es entonces imperfecto.

—¿Quieres decirme que en el sentido del gusto influye poderosamente el del olfato?

—Así es; mucho de lo que por costumbre llamamos gusto es realmente olor.

—Pero es que el sentido del gusto no radica también en la nariz.

—No; el sabor de las cosas lo percibimos gracias a unas pequeñas células llamadas papilas que están en la lengua. A cada una de estas papilas corresponde una delgadísima fibra nerviosa que transmite la sensación del sabor a unos nervios que van también a parar al cerebro. Así que para gustar una cosa basta con ponerla en contacto con la lengua, porque es el medio de que las papilas recojan la impresión directa del sabor y la transmitan por medio de sus fibras al cerebro.

—Hay muchas clases de sabores, ¿verdad?

—Desde luego, y además es más fácil clasificarlos que los olores. Realmente, hay dos clases de gustos que podemos llamar sabores. Son éstos, el dulce y el amargo; pero también se admiten como clase de gustos el salado, el ácido y el alcalino. Estos tres últimos pueden llegar a convertirse en dolorosos si son excesivos. En cambio, el dulce y el amargo, llevados a la exageración, resultarán muy desagradables, pero nunca dolorosos.

—¿Y a qué es debido esto?

—A que el exceso de aquellos gustos no sólo producen la sensación del sabor, sino que irritan las fibras nerviosas.

—Oye, buho, me parece que el guisado se está pegando a la cazuela, ¿no hueles?

—Parece que sí. Hablando, hablando, se nos había olvidado que la liebre y su acompañamiento de patatas estaban en el fuego. Ha llegado la hora de comer.

—La hora de oler y de gustar, ¿no te parece?

—La misma. A la mesa, Chonón.

—A la mesa, buho.

—¿Pero no se te olvida nada?

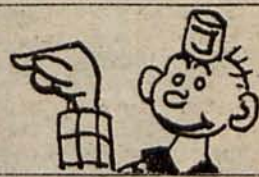
—Creo que no.

—¿Y si alguien quiere acompañarnos?

—¡Ah, sí! ¡Perdonal... Se me olvidaba invitar a los Pinochistas. ¿Queréis comer con nosotros?



Al enviarnos un giro te debe indicar su número y su fecha



A todos los Pinochistas

NINGUNA niña, ningún muchacho, lee una vez **PINOCHO** sin hacerse amigo nuestro. Aumentar el número de los Pinochistas no es sólo hacer un gran favor a **Pinocho** y sus regocijantes camaradas: es favorecer vuestro propio interés, ¡y es darle un disgusto a **Chapete!**

TODOS LOS PINOCHISTAS que quieran ofrecer a amigos o conocidos suyos la posibilidad de admirar los encantos de este semanario inmortel, colosal y sin igual, pueden enviarnos en una simple hoja de papel los nombres y direcciones correspondientes acompañadas de este cupón.

CUPÓN

A PINOCHO Apartado 447 MADRID

Querido amigo: Te envío adjunta una lista de varios nombres y direcciones para que a cada uno de ellos envíes —gratis y sin compromiso alguno para mí ni para los interesados— un número de muestra de tu semanario inmortel, colosal y sin igual.

Te abraza tu amigo
(Firma.)

MI DIRECCIÓN ES:

VIDA PINOCHISTA

La entusiasta pinochista Antonia Sanz, de Madrid, dedica a Merceditas Rey, de la Habana, estos renglones de sumo agradecimiento y estos lindos versos de gratitud, a Pinocho:

A Merceditas Rey.

En contestación a su cariñosa carta publicada en PINOCHO el día 13 de marzo de 1927.

Devuélvete a ti, como igualmente a todos los niños de las Américas Latinas, las gracias más rendidas por vuestras pruebas de amistad, gratitud y cariño de que nos habéis hecho objeto, en la seguridad de que sois correspondidos.

Pinocho.

Por ti, amable muñeco, rey de las aventuras, carta y saludos mutuos podemos entablar los niños españoles con los americanos, y darnos todos pruebas de una buena amistad, además de otros goces que por ti, joh, Pinocho!, podemos disfrutar,

contándose entre ellos, y otros más, los que a renglón seguido leer el semanario, [leerás: y, siendo suscritores, poder colaborar, resolver los «Concursos» de PINOCHO, que en los ratos de ocio nos vienen a alegrar.

ANTONIA SANZ.

Todos los suscritores de PINOCHO son listos, todos son guapos, y muchos son guapísimos. En esta galería de retratos podrá irse confirmando la verdad de las precedentes aserciones.



Manuel Suárez Llanos.



Gabriel Monje.



Aurora Sánchez.



Enrique Sánchez.



Víctor Fernández.

Si eres buen amigo de Pinocho, envíale hoy este BOLETÍN DE SUSCRICIÓN



D., que vive en (Población.)
..... (Calle.) (Provincia o Estado.) se suscribe desde el próximo número a PINOCHO por (1) { UN AÑO
UN SEMESTRE } cuyo importe de { 20 pts.
UN TRIMESTRE } 10 pts.
5 pts.
remite a la Administración de PINOCHO en (2).
(C. de Valencia, 28. Madrid.)
En a de de 192....
(Población.)

(1) Bórrase lo que no convenga.
(2) En lo que sea. Puede ser Giro postal, valores declarados, cheque, sellos (en tiras, no sueltos), etc. Muchas repúblicas americanas tienen establecido el Giro postal con España.

FIRMA:



CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas), por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que no recibáis la revista con retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en una carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

Casimiro G. Rendueles.—Tú quisieras, según dices en tu carta, que tu precioso dibujo saliera en el número próximo de mi Revista. Mis deseos son que, si no en el número próximo, saliese en el más inmediato posible. «Cañamón y la rosa», tal como tú los has pintado, lo merecen todo; pero no pueden publicarse porque están dibujados a lápiz. Una vez más he de repetir que hay que hacer los trabajos a pluma, porque si no no pueden reproducirse. Recibe apretados abrazos.

Rafael Estébanez.—Has tenido un gran acierto con tu magnífico cine. Yo me encuentro tan fielmente reproducido, que no sé si tu dibujo es un trabajo hecho a pluma o es un espejo en el que me estoy mirando. Te felicito y me felicito de contar con un pinochista que es un dibujante tan formidable. Tuyo siempre.

José Alemany.—Tus dibujos, llenos de gracia y de arte, irán a las columnas de mi Revista en cuanto les toque su turno. Hay, sin embargo, una caricatura, por cierto magistralmente hecha, que no te la puedo publicar porque es acuerdo firme del Gran Consejo Pinochista no publicar alusiones personales ni aunque éstas sean en elogio de la persona representada. Muchos y muy apretados abrazos.

Paulino Salaberry.—Has hecho una caricatura de Paco Morronguis que es

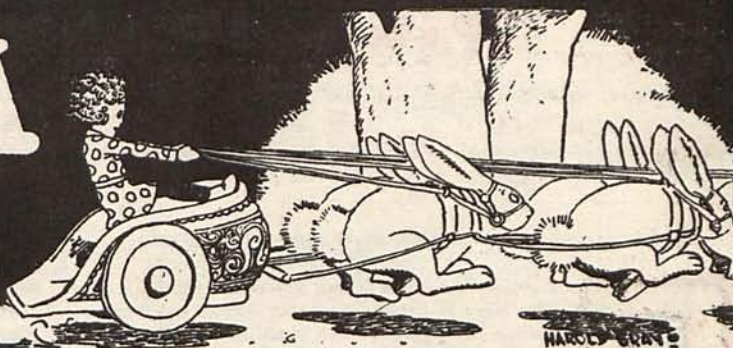
un formidable acierto. El famoso gato, en cuanto la ha visto, ha dado tres saltos casi mortales y ha dicho: «Paulinito me ha caricaturizado, ¿quién me descaricaturizará? El descaricaturizador que me descaricaturizare, buen descaricaturizador será». Y es cierto, querido Paulinito. No hay nadie capaz de descaricaturizar la soberbia caricatura de Morronguis que me has enviado. Pero, joh, fatalidad! ¡Está hecha a lápiz! Y para qué voy a decirte más. Lee la contestación que doy más arriba al pinochista Casimiro G. Rendueles y aplicatela a ti. ¡Qué le vamos a hacer! ¡Paciencia! Tuyo incondicional.

Manuel Nieto Molina.—Sigues en línea recta, rectísima, el camino que conduce al pináculo de la Gloria. Tus dibujos van cada vez siendo más perfectísimos, más admirables, más tuyos. El retrato últimamente recibido es algo fenomenal. Las páginas de mi Revista se honran muchísimo con los trabajos de pinochistas tan artistas como tú. Mi enhorabuena, con un montón de abrazos muy cordiales.

Pinocho

ANITA

BUEN-CORAZON



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1927, by The Chicago Tribune.

Pinocho sortea cada mes sesenta pesetas en dinero y en libros entre todos sus suscritores. En el número primero de cada mes se publica el nombre de los favorecidos.

ASÍ EMPIEZA "PINOCHO I, «EL CIGÜENO»"

(De la estupendísima SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE, que ha hecho universalmente famosos al incomparable muñeco de madera y a su astuto rival de trapo.)

I

[CIVILIZACIÓN!—LOS INVENTOS DEL EMPERADOR PINOCHO.



A tribu de los *chua-chuas* se transformaba a ojos vistas bajo la dirección de su nuevo emperador, Pinocho I el Cigüeno. Con él había entrado la más refinada civilización, y actualmente la antigua tribu salvaje, cuyo jefe fué *Karakaraka* (ojo de kanguro), se había convertido en una casi ciudad europea. ¡La de cosas que había hecho Pinocho! Construyó escuelas, hizo que los *chua-chuas* se vistiesen a la última moda, instaló un *bar* y un salón de *varietés* y se fabricó un automóvil. Este automóvil era de los que se ven pocos. ¡Lástima que no anduviese más que cuesta abajo! Por el dibujo os podéis dar una idea. ¡Y había que ver la cara de los *chua-chuas* cuando contemplaron aquel extraño armatoste, conducido por el emperador, al que acompañaban, amablemente invitados, *Karakaraka* (ojo de kanguro), la princesita *Tocoroco* (cola de lombriz) y los *sachents* (sabios de la tribu)...

—¡Si mi pobre padre levantara la cabeza!... —decía conmovido un espectador.

Los deportes hicieron su saludable aparición. Pinocho instituyó el *foot-ball* y el elegante juego del *tennis*. Claro que, a falta de balones, hubo que utilizar los cocos, que abundaban en los bosques vecinos, lo que al principio ocasionó algunas molestias a los jugadores; pero, una vez acostumbrados, nadie notó la dureza del balón, y todo fué a pedir de boca.

Para el *tennis* se utilizaron, a modo de raquetas, las magníficas palmas que proporcionaban las abundantes chumberas de la tribu. Como pelotas servían los higos chumbos, lo que permitía al ganancioso comerse las *pelotas* tan ricamente al final del partido.

Como no todo habían de ser distracciones, S. M. Pinocho I el Cigüeno, preocupándose por el mayor bien de la ciudad, mandó construir una fuente pública y un metropolitano.

En el dibujo puede verse qué lógica y sencillamente se resolvió la instalación de la fuente.

El metropolitano, ornato de toda ciudad que se respeta, tenía cinco metros de trayecto subterráneo. Un cajón con ruedas, en el que se metían los pasajeros, era impulsado por un forzudo negro desde la estación de partida, y era recibido por otro negro no menos forzudo en la estación de llegada, desde donde volvía a hacer el viaje en la misma forma.

También se organizó una magnífica banda municipal, que tocaba, con unos instrumentos de caña y papel de seda, oberturas clásicas y pasodobles militares.

Otro de los inventos que dieron más ruido fué un fonógrafo. Consistía en un cajón vacío, del que salía un embudo. Dentro se instalaba un negro que cantaba todo el repertorio de moda. Pero el orgullo de los *chua-chuas*, lo que los colocaba a la cabeza de las naciones más civilizadas, fué la invención de un aeroplano modelo, el más perfecto y seguro de todos los conocidos hasta el día. Pinocho, tras largos estudios, lo había resuelto de la siguiente manera: metió en un cajón un águila, dejándola fuera la cabeza y las alas. Con unas riendas atadas al pico del águila, y guiando como se guía un caballo, se conseguía la dirección deseada. ¿Cabe algo más perfecto y sencillo? A este aparato se le puso por nombre *Aguilón*.

Comprenderéis sin gran esfuerzo que los *chua-chuas*, en vista de tantas maravillas, estuviesen locos con su emperador, Pinocho I el Cigüeno.

II

EL ATAQUE DE LOS «TALMUNTIS».—PREPARATIVOS DE GUERRA.
EL CAÑÓN DE LARGO ALCANCE.



ERO la envidia no es patrimonio exclusivo de los blancos: también los negros padecen el odioso defecto. Dígalo si no la rabia que experimentaron los *talmuntis*, la tribu rival de los *chua-chuas*, al enterarse de todos los progresos de éstos.

El pueblo entero estaba frenético. El jefe, *Ratakú*, (colmillo de cangrejo), juró exterminar a los *chua-chuas* y comerse con patatas a su emperador.

Y desenterrando el hacha de la guerra, mandó marchar contra los *chua-chuas*.

Arrastrándose para no ser vistos, llegaron a las puertas de la tribu enemiga.

A todo esto, los súbditos de Pinocho, entregados por completo a los refinamientos de la civilización, habían abandonado en absoluto el uso de las armas.

Y aquellos antiguos guerreros, fuertes y terribles, se habían convertido en indolentes y débiles y se pasaban la vida bailando el *fox trot*, que se había puesto de moda entre los *chua-chuas*.

Además, daba la pícara casualidad de que cuando llegaron los *talmuntis*, el emperador Pinocho se hallaba ausente, en una cacería a que le había invitado el jefe de una tribu vecina.

Y sucedió lo que tenía que suceder. Los *chua-chuas*, mal dirigidos por *Karakaraka* (ojo de kanguro), y debilitados por las nuevas costumbres, fueron derrotados inmediatamente por las huestes de *Ratakú* (colmillo de cangrejo), y tuvieron que refugiarse en el interior de la ciudad, a la que los *talmuntis* pusieron cerco, esperando apoderarse de ella a poca costa.

Tal era la situación cuando llegó Pinocho a la tribu, avisado por su secretario particular, un negrito muy simpático a quien Pinocho había puesto el nombre de *Chocolate*. ¿Cómo pintar la desesperación de nuestro valiente muñeco al ver que su pueblo estaba a dos dedos de caer en poder de aquellos brutos de *talmuntis*?

Pero no perdió el tiempo en vanas lamentaciones: ¡bueno era él! Inmediatamente empezó a tomar disposiciones para la lucha. Lo primero que hizo fué atrincherar el campo que rodeaba a la ciudad. Luego estableció varios puestos avanzados de observación, utilizando media docena de jirafas, en cuyas cabezas se situaron los vigías.

Mandó construir una escuadrilla de *aguilones*, para que volasen sobre el campo enemigo y descubriesen los movimientos de éste.

—Ahora nos hace falta un cañón —exclamó dirigiéndose a su inseparable *Chocolate*.

—¿Y cómo vamos a hacerlo, señor? —preguntó el secretario, lleno de curiosidad.

—Déjame que medite —contestó Pinocho poniendo su cabeza entre las manos.

Pasaron cinco minutos, al cabo de los cuales nuestro maravilloso muñeco exclamó triunfalmente:

—¡Ya está!

Y el cañón se construyó, según los planos de Pinocho, de la siguiente forma:

Se cogió un enorme tronco de árbol, ahuecándolo perfectamente. Hecho esto, se le montó sobre dos poderosas ruedas de madera. Con la tapadera de una tinaja, de la que tiraban fuertes gomas sujetas al centro del tronco por un aro, se tapó la parte posterior del cañón. Un grupo de negros, agarrados al asa de la tapa, tiraba hacia atrás todo lo que las gomas permitían, y al soltar, la tapadera empujaba violentamente la bala introducida en el hueco del cañón, y ésta iba a caer matemáticamente en el blanco.

Pero este cañón no hacía ruido, y esto le quitaba efecto. Entonces Pinocho mandó colocar al lado un bombo, y cada vez que se hacía un disparo, un negro daba unos golpes con un mazo, y el aire retumbaba con roncós *bumbum, burumburumbum*, que llenaban de espanto los ánimos más esforzados.

Cualquiera se hubiera contentado con esto; pero Pinocho aún hizo más. Formó un batallón armado de fuelles y soplillos, y mientras las mujeres de la tribu barrián, este batallón se dedicaba a soplar con ahínco, lanzando sobre el campo enemigo verdaderas nubes de polvo, lo cual, si no eran gases asfixiantes, se les parecían mucho.

Y ya con todos estos elementos, se decidió a dar la hatalla.

III

COMBATE ENCARNIZADO.—«EL CIGÜENO» Y «RATAKÚ».—¿DÓNDE ESTÁ PINOCHO?



PINOCHO mandó formar sus tropas, y después de pronunciar un bélico discurso, montó en su famoso corcel de cartón y se lanzó al galope hacia el campo de los *talmuntis*.

El cañón empezó a tronar; es decir, el encargado del bombo entró en funciones.

Los *aguilones* surcaron el espacio, dando precisas noticias de los movimientos del enemigo.

Al mismo tiempo, y como consecuencia de los gases polvorientos que en espesas nubes arrojaban los fuelles y soplillos militares, empezáronse a oír estornudos en el campo de los *talmuntis*.

Y al grito de guerra *chua-chua, ¡Gu-lu, gu-lu, gu-lu!*, las huestes de Pinocho siguieron a su emperador, que, al galope de su brioso corcel de cartón, avanzaba fiero, bravo, heroico y aguerrido, al encuentro del odiado enemigo.

Si quieres leer la preciosa continuación de esta estupenda aventura y no la encuentras en tu librería, escribe a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, MADRID, pidiendo que te envíe PINOCHO I «EL CIGÜENO» y remitiendo su importe, 1,50 pesetas, y lo recibirás inmediatamente aunque vivas en América.